

OPINIÓN POR RAMÓN DÍAZ

Una ojeada a América y al mundo

Por
Gabriel Pereyra

PEQUEÑA POLITIQUERÍA NO ILUSTRADA

INTERPELACIÓN. Caliste-
nia con la que la oposi-
ción justifica su sala-
rio. En el antiguo régi-
men no conducían a

nada porque la oposición no te-
nía votos para censurar a na-
die, y los gobiernos no variaban
su acción. En el nuevo siste-
ma... ¡up, qué coincidencia!

OPOSICIÓN. Grupo que supo go-
bernar tan mal como para que
la mayoría lo sacara del gobier-
no, y que sigue haciendo las co-
sas tan mal como para no vol-
ver a gobernar por lustros.

FMI. Por años, sinónimo de vam-
pirismo, explotación, explota-
ción... Nunca obligó a nadie a
pedirle, eran los demás que
—pésimos administradores— cor-
rían a él con la vieja manga.
Ahora sigue siendo malo, pero
no tanto.

CANCELAR DEUDA CON EL FMI. Nue-
va vía de liberación nacional.
Antes el único camino era rom-
per sin pagar. Como la mora-
toria era muy costosa y los re-
volucionarios pasaron al mu-
seo, se encontró otro camino:
pagar, pero todo junto. ¿Que-
rías romper con el Fondo? ¡To-
má!

CONSPIRACIÓN. Excusa del go-
bierno para justificar sus erro-
res, sus patinadas, sus minis-
tros impresentables. Un políti-
co opositor que se cruza con
un periodista en un boliche,
más de dos periodistas de más
de un medio juntos, un perro
que ladra cerca de Suárez... la
lista es interminable.

IMPUESTOS. Añeja obligación
ciudadana. En los países desa-
rrollados, los que pagan im-
puestos reciben algo a cambio.
En los mares del sur el recau-
dador cobra y a cambio da una
mala enseñanza, mala seguri-
dad, mala salud, sin que el or-
den se altere, ya que la ley sólo
pena al evasor, pero no la apro-
piación indebida del recauda-
dor. En ocasiones, los fiscal-
zos se venden como actos de
justicia tributaria. Y la gente
compra.

ALCAHUETES. Soldados de todas
las causas. Por años vegetaron a
la sombra del mandamás de
turno. Cuando el nuevo sol los
alumbró, se corrieron hacia la
sombra del nuevo mandamás.
A diferencia de los mercena-
rios, no suelen cobrar, alcahue-
tean por puro gusto. Son le-
gión en los medios de comuni-
cación, en los gremios, entre los
empresarios... (gpereyra@ob-
servador.com.uy)

A nosotros latinoamericanos nos interesa, presumiblemente, saber si estamos en la civilización occidental



Después de centrar en casa nuestra atención durante bastantes semanas, me ha parecido salutífero treparnos a una plataforma que nos ensanche un tanto la visión, en el tiempo y en el espacio, por ver si podemos entender lo que está pasando en nuestro alrededor y cómo éste podría influir específico sobre lo nuestro.

Un alejamiento razonable podría situar-
nos, para empezar, en 1950, año en el cual co-
menzariamos a presenciar la Guerra Fría, a
la que cabe reconocer una duración de cua-
renta años. Se enfrentaban, en esa peculiar
situación, dos grandes potencias: los EEUU y
la URSS, ambas provistas de arsenales nu-
cleares y tremendas fuerzas en tierra, mar y
aire. Ambas contaban con vastas clientelas na-
cionales, en buena proporción organizada, co-
mo en los casos de la OTAN con el liderazgo
de EEUU, y el Pacto de Varsovia con el líde-
razgo de la URSS. Ambos países líderes par-
ticiparon en conflictos armados, y sufrieron
derrotas (EEUU en Vietnam, la URSS en Afga-
nistán) por más que sin aplicar ambos, ni
de lejos, el grueso de sus potenciales bélicos.
El mundo no nos ofrecía otro espectáculo de
confrontación que el que ya mencioné. En
cierto sentido, el mundo se veía partido en
dos, y, si uno osaba, pese al pavor que des-
pertaba la colisión de dos superpotencias nu-
cleares, a inquirir cómo quedaría configura-
do el mundo, política y económicamente,
tras un choque entre ambas, se veía al ven-
cedor dueño del planeta, y la vida en este or-
ganizándose según su propio paradigma: ca-
pitalista en un caso, socialista, y camino del
comunismo cabal en el otro. Y con ello algu-
nos, discípulos de Hegel, inferirían el fin de
la dialéctica histórica y, por ende, la pree-
minencia definitiva de un sistema. Para siem-
pre, sin cambios en lo esencial.

Notemos, antes de proseguir, la filiación
ideológica del dúo final de contendores, pres-
tos a dirimir la contienda mayor final de la
historia. Al mismo tiempo, ambos eran oc-
cidentales. Lejos en ideas pero próximos en
orígenes culturales. En todas las clasifica-

ciones —de Toynbee, Spengler, McNeill, Bagby,
Braudel, Rostovany y el propio Huntington
oscilarían entre 23 y siete— en cualquier ca-
so ampliamente mayor que la unidad. O sea
que la gran final se jugaría en una civilización
muy particular, cuyos miembros pueden ha-
blar de "Occidente y los demás". A nosotros
latinoamericanos nos interesa, presumible-
mente, saber si estamos en la Civilización
Occidental. Pues bien, Huntington, cuyo ju-
icio pesa particularmente, no se ha decidido
aún al respecto; pero, observando que "... po-
see una cultura corporatista [y] autoritaria
que Europa no [tiene] en igual grado, y Amé-
rica del Norte en ningún grado."

Sobre este último punto, y suponiendo
que formamos parte de la Civilización Occi-
dental, quedaría por resolver con cuál de los
contendores se alinearían los Estados perte-
neciente a Latinoamérica. Al principio de la
Guerra Fría parece un hecho cierto que todos
los Estados mantenían una estrecha relación
con los EEUU y ninguna formal con la URSS,
o, en caso de tenerla, era mucho menos es-
trecha que tenían con los EEUU. El 1° de ene-
ro de 1960 Fidel Castro entró en La Habana
y encabezó un gobierno que estableció rela-
ciones estrechas con la URSS, caracterizadas
por la transferencia de subsidios significati-
vos al gobierno de La Habana, y ningunas
con los EEUU. Oportunamente volveremos so-
bre este aspecto al considerar la situación
post Guerra Fría, que plantea una situación
totalmente diversa.

Al principio le asignábamos a la Guerra
Fría una duración de cuarenta años; o sea
hasta 1990. Aproximadamente entonces se
produjo el colapso de la URSS. Como el lec-
tor bien sabe, incluso como he escrito en es-
ta misma página, la Unión Soviética hizo
implosión, se derribó como un castillo de
naipes, sin siquiera recibir de nadie un me-
ro resoplido. Hay quien atribuye ese papel a
la derrota que sufrió en Afganistán, pero tal
versión me parece antojadiza. Simplemente,
ocurre que mantener a una enorme pobla-
ción presa en la isla a fuerza de terror suele
superar la dureza de gobernantes normales.
Entendiendo por esto a los que no se sienten

capaces de mantener una situación seme-
jante por medio del terror, indefinidamen-
te. La URSS probablemente podría seguir
existiendo hoy si Stalin hubiese sido im-
mortal. Análogamente la situación actual
en Cuba podría igualmente subsistir algo
más si Raúl igualase en insensibilidad a su
hermano, cosa que es decididamente im-
probable.

Pero dejemos esto último de lado, por el
momento. El hecho es que un guardia fron-
terizo, encargado de no permitir a nadie el
egreso del país sin orden escrita, y los agen-
tes de la NKVD se negaron a torturar a un sos-
pechoso de disidencia, y —apenas se respiró
un airecillo de libertad, después de setenta
años de opresión— toda la estructura de la
esclavitud y el terror se vino al suelo. Aquella
férrea estructura de mando y obediencia
desapareció como por arte de magia. Y pron-
to —no sin dificultades pero pronto, si se re-
flexiona sobre el notable cambio operado— Ru-
sia fue transformándose en un país normal,
en el cual los guardias fronterizos ya no tie-
nen que apuntar hacia adentro.

Es decir que el enfrentamiento
EEUU-URSS se resolvió por *walk over*. Uno
de los contendientes se retiró del cuadrilátero,
sin combatir. Era la oportunidad de los se-
guidores de Hegel para pronosticar el fin de
la historia. Francis Fukuyama, un académico
norteamericano de ascendencia japonesa, to-
mó la delantera en tal sentido. El capitalis-
mo, o la economía de mercado asociada a un
régimen de democracia liberal regiría sin
obstáculo en el mundo entero. Pero la cosa no
era tan sencilla. Ciertamente no había nin-
guna potencia capaz de hacerle frente a los
EEUU, en el viejo marco reservado a la Civi-
lización Occidental. En 1997 se editó el libro
de Huntington, ya aludido más arriba, titu-
lado El choque de civilizaciones, adelantán-
dose al conflicto que sucedió al de la Guerra
Fría, que se disipó en paz. El nuevo, que es un
choque de civilizaciones, como las que previó
Huntington, plantea un panorama bien dis-
tinto. Sobre este y la ubicación de América La-
tina en su contexto, me ocuparé la semana
próxima.